

El tatuaje y el escudo de Perseo¹

JUAN EDUARDO TESONE*

"Todo cuadro es una cabeza de Medusa. Se puede vencer el terror a través de la imagen del terror. Todo pintor es Perseo".

CARAVAGGIO²

El término de "tatuaje" encuentra su origen en las islas de la Polinesia y revela el vínculo del tatuaje con el pensamiento animista atribuido a las sociedades mal llamadas "primitivas". En dichas islas, todo lo que existía en la tierra estaba animado por los *Atuás*, es decir, los espíritus. Dibujarse (*ta*: dibujo) el espíritu sobre el cuerpo mediante un *ta-atuás* permitía beneficiarse de los favores de ese espíritu, o protegerse de sus castigos. Para los primitivos habitantes de Tahití, el tatuaje era un reflejo cutáneo de un modo de funcionamiento social.

En la historia del tatuaje encontramos que no sólo los míticos marineros hicieron un uso del mismo. Si bien no existen pruebas fehacientes, es legítimo suponer que el tatuaje haya aparecido con el *homo sapiens* hace 50,000 años, desde la prehistoria y la aparición del grafismo en los muros de las cavernas. El tatuaje existiría desde que el hombre escribe. Es importante subrayar el lugar inicial del cuerpo como signo desde las sociedades de *sapiens* en Europa³. Encontramos pruebas tangibles del tatuaje en Egipto, a

*Juan Eduardo Tesone
Miembro titular
de la Société
Psychanalytique de
Paris y miembro titular
en función didáctica
de la Asociación
Psicoanalítica
Argentina

jetesone@hotmail.com

¹ Una primera versión de este texto fue publicada en la *Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, Tomo XXIII, 2, 2000: Buenos Aires; y en la *Revue Adolescence*, T. 21, 3, 2003: Paris.

² Citado por Pascal Quignard en "Le sexe et l'effroi", Ed Gallimard, Paris, 1994.

³ Vialou, D. "Sexualité et art préhistoriques" en *Le propre de l'homme, sous la direction* de F. Sacco, Delauchaux et Niestlé, Lausanne-Paris, 1998.

través de las momias. Por ejemplo, y como valor anecdótico, la sacerdotisa Hathour Amounet, que era una concubina real (2,160 a.C.), tenía tatuajes en su hombro izquierdo, en el vientre, en la región subpubiana y en la cara interna de los muslos. Inicialmente abstractos, los tatuajes se vuelven figurativos en la época del Nuevo Imperio. A menudo figuraciones del dios Bes, reservado a las mujeres, son interpretadas por los egiptólogos en términos de erogeneidad y de refuerzo del poder de seducción femenino.

El tatuaje es, entonces, en este origen lejano, ligado a Eros⁴. Las tres grandes religiones monoteístas condenarán más tarde todas las prácticas de ornamentación y de modificación voluntaria de la imagen del cuerpo, intentando reprimir toda significación erótica. El tatuaje se convierte en signo de poder divino, castigo y protección al mismo tiempo, como lo hizo Dios con Caín: "Dios puso un signo sobre Caín para que el que lo encuentre no lo mate". Si Dios puede tatuar al pecador, le está prohibido al hombre tatuarse a sí-mismo. En el *Levítico* encontramos: "No harán incisiones en vuestra piel y no imprimirán figuras sobre la misma". Los íconos serán extra-corpóreos y reservados a las imágenes divinas.

Le debemos al navegante inglés James Cook el renovado interés que surge por el tatuaje en el siglo XVIII. Con una minuciosidad de cartógrafo, describe la práctica del tatuaje en las islas polinesias y transcribe por primera vez al inglés el término *tattoo*, palabra con la cual lo denominaban los indígenas. El tatuaje se pondrá de moda y harán venir a Europa a los más grandes tatuadores polinesios. Eduardo VII, George V y VI de Inglaterra, Federico

de Prusia, el conde Tolstoi, el zar Nicolás y muchos otros experimentarán su arte. Sin embargo, la imagen del tatuado se degrada en Europa en el siglo XIX, en la medida que los grandes criminólogos, como Lombroso, lo consideraban "un carácter anatómico-legal específico del criminal". Habrá que esperar los años de 1930 hasta que Locard afirme que el "acto del tatuaje no permite concluir a una categoría especial de hombres"⁵.

Cuando se habla del tatuaje en la historia, no se puede soslayar el ignominioso uso que hicieron los nazis en los campos de concentración, con el tatuaje de números llamados eufemísticamente "de identificación", en realidad de desubjetivación de los prisioneros. Pero en este caso no se trata en un sentido estricto de un tatuaje, sino de una marca impuesta, de una afrenta hecha a la humanidad a través de un número que anunciaba la tentativa de exterminio de una comunidad. Marca de la muerte, ya no ligada a Eros, como en los primeros tiempos, sino a Tánatos.

En nuestras sociedades contemporáneas, el acto voluntario de tatuarse es un gesto individual y en ese sentido es un acto privado; pero la traza en la piel, su grafismo, es leído colectivamente y muestra frecuentemente la pertenencia a un grupo dado, en función de la edad, la cultura u otros parámetros.

En mi presentación clínica me limitaré, por lo tanto, a los tatuajes voluntarios y su basamento inconsciente. Desde una perspectiva psicodinámica, y más allá de los valores culturales comunes que suelen desplegarse en la elección de los tatuajes, me parece importante subrayar el carácter heterogéneo de los tatuados desde un punto de vista metapsicológico, su carácter polisémico. Más allá de

⁴ Tenenhaus, H. *Le tatouage à l'adolescence*. Bayard Ed., Paris, 1993.

⁵ Tenenhaus, H. *Op. cit.*

la moda actual entre los adolescentes de hacerse tatuajes, no haré un estudio sociológico de los mismos, sino una propuesta psicodinámica.

A la manera de la imagen de un sueño, el tatuaje es ante todo la expresión gráfica de una producción psíquica del sujeto. El tatuaje voluntario deviene un acto de lenguaje a medio camino entre una escritura que se aproxima al jeroglífico, con sus simbolismos, y la oralidad discursiva. Representación substitutiva, la imagen impresa en la piel adquiere valor metonímico del mundo interno, pero no necesariamente valor metafórico.

En el libro de cuentos de *El hombre ilustrado*, el personaje imaginado por Ray Bradbury⁶ tiene todo el cuerpo tatuado; no existe ningún lugar de su cuerpo libre de tatuajes. Por la noche, cuando el personaje se dormía, cada tatuaje se animaba, adquiriría vida propia y daba lugar a un cuento: "Cada ilustración es un cuento. Si Ud. las mira atentamente unos pocos minutos, le contarán una historia. Si las mira tres horas, las narraciones serán treinta o cuarenta, y Ud. oirá voces, y pensamientos. Todo está aquí en mi piel; no hay más que mirar". El observador llegó a mirar dieciocho tatuajes que daban lugar a dieciocho cuentos. Pero si uno escuchaba esas mismas voces... las narraciones podían ser infinitas... los mil y un cuentos.

Les presento ahora a Nicolás, mi paciente; a su relato en el marco de su análisis del cual subrayé lo atinente a sus tatuajes y su valor metapsicológico.

Nicolás y sus tatuajes

Al momento de la consulta, Nicolás tenía 17 años. Me es derivado por una depresión importante. Aislado, confinado en la

habitación de su casa en una actitud a la vez pasiva y de repliegue narcisístico, sin contactos con otros adolescentes salvo los que le brinda la escuela. Escuela a la que, a pesar de su estado, logra concurrir. Los padres están sumamente preocupados por su hijo mayor, al que describen como un chico que fue siempre tranquilo en su infancia, obediente, más bien taciturno. En el momento de la consulta no demuestra interés por ninguna actividad social, manteniendo como único interés la música y sus largos solos de guitarra. Duerme muchísimo, no hace deportes, no sale con amigos, no estudia. Sin embargo, su buena capacidad intelectual le ha permitido pasar de año en una escuela privada donde inicia el último año de la secundaria. Las únicas salidas que logra hacer es ir con su padre a la cancha de fútbol de su equipo preferido, Boca, donde concurren regularmente, dado que poseen un abono.

La familia se trasladó de Buenos Aires a Mar del Plata, una ciudad del interior de Argentina, desde hace unos años, cuando Nicolás tenía 8 años. Los padres son comerciantes y comparten el horario de apertura del negocio familiar. Más allá de la indicación de la colega que me lo derivó para terapia, el padre ve con buenos ojos la propuesta, porque me aclara que habiendo realizado él mismo un análisis hace unos años, pudo comprobar los beneficios que le aportó. Nicolás tenía antecedentes de hipotiroidismo, por lo cual era medicado desde los 13 años. La consulta se produce poco tiempo después de que uno de sus amigos de 16 años hiciera una tentativa de suicidio, lo que había conmovido a toda la familia.

Nicolás es un adolescente introvertido, tímido, liso, que no deja escapar ni sus palabras ni su cabello castaño claro que corta casi de raíz. Mirada apagada, lánguida, su estatura parece más baja que

⁶ Bradbury, R. (1955). *El hombre ilustrado*, trad. castellana, Buenos Aires: Minotauro (1998).

la media por la actitud de sus hombros caídos. El tono de su voz es monocorde, pero no diría gris. Algunos colores asoman en el primer encuentro. Se muestra inicialmente un poco escéptico en cuanto al interés de la entrevista, pero al mismo tiempo curioso por la propuesta de decir todo lo que se le pasa por la cabeza y en particular que lo dicho formará parte del secreto profesional, del cual estarán excluidos incluso sus padres y un hermano menor. No estaba habituado a la confidencialidad; en nombre del amor y de la transparencia de las relaciones familiares, los pensamientos debían ser debatidos en el grupo familiar, siendo difícil preservar la intimidad. En dicha familia, había predominado la acción y la violencia como forma de intercambio.

El adolescente, es bien sabido, se confronta a varios duelos que exigen un proceso de elaboración de la pérdida, propia de esta edad, requiriendo un trabajo psíquico importante; debe hacer el duelo de sus padres de la infancia y de la omnipotencia que les confería, perdiendo conjuntamente con la omnipotencia de los mismos la protección frente a la muerte. Requiere hacer el duelo de su cuerpo infantil que lo mantenía protegido de la eclosión pulsional que surge con violencia en la pubertad. Por reactivación y reedición de la problemática edípica, se confronta al duelo de su propia omnipotencia, al duelo de la bisexualidad andrógina y de la castración simbólica. No es poca cosa. Cuántos adultos conocemos que nunca lo han logrado.

De las múltiples vías que se ofrecen al adolescente, desde la preferible elaboración simbólica hasta la solución patológica como la manía, la psicopatía, la tendencia al pasaje al acto, etcétera, Nicolás había encontrado inconscientemente la "solución" depresiva. Era la expresión de su lucha frente a la emergencia de un mundo

interior amenazador y caótico. La fragilidad de sus objetos internos, el vacío representacional de Nicolás, lo ponía al borde del abismo en donde podía caer en todo momento. Su inmovilidad era la manera que había encontrado para intentar frenar el vértigo al que se sentía compelido.

Con la regularidad variable que caracteriza a los adolescentes, Nicolás invistió su terapia y la posibilidad de hablar de sí-mismo. En poco tiempo logró dejar su quística habitación y abrirse al mundo. El fútbol y la música serían los dos pilares que le permitieron abandonar con menos temor su largo soliloquio. Retomó el deporte y empezó a jugar con amigos al papi-fútbol. Organizaron un equipo y al final del año participaron en un torneo promocionado por una marca comercial, ganando el equipo un viaje de egresados. Esta idea le agradó doblemente. Habiendo ya organizado y pagado su viaje de egresados a Bariloche, el premio obtenido le permitiría viajar al año siguiente nuevamente, convirtiéndose en un segundo viaje de egresados, posibilidad que le facilitó acariciar la fantasía de egresar una segunda vez, retardando de esa manera el paso del tiempo.

El tema recurrente de la terapia había sido su angustia frente al agujero negro que se abría luego de finalizada su escuela secundaria. Las perspectivas eran inmensas; se abrían a él no tanto como una elección de apertura sino como una caída en un mundo, decía, "que podía triturarlo". Expresión que revelaba a la vez su percepción real de los riesgos del mundo contemporáneo y su renovada angustia de castración. Logró rápidamente hacerse de dos amigos, con los cuales compartió salidas, charlas y su pasión por la música durante todo el año. Asistió a recitales de *rock*, y transitó por grupos de *punk-rock*, *heavy metal*, así como de grupos con letras más divertidas, de protesta -me dijo-

como SKA-P, Madness y Kapanga. Me contó que en su infancia sufrió mucho, pues pasaba desapercibido en el grupo: "Cuando era chico, había en la escuela dos grupos, uno que estudiaba y otro que hacía deportes. Yo no estaba ni en uno ni en el otro. En la clase era como que no estaba". Me aclaró que le gusta, sin embargo, que lo miren, que lo tengan en cuenta.

Luego de un largo recorrido decidió estudiar periodismo, elección con la que contemplaba su deseo de ir a estudiar a Buenos Aires, proyecto que le permitiría simultáneamente volver a la casa de sus abuelos donde había vivido hasta sus 8 años. Por otro lado, se planteó para Nicolás la angustia de separarse de sus amigos, que representaban su anhelado grupo de pertenencia. Uno de ellos tenía pensado ir con sus padres a vivir a España, otro se quedaría en Mar del Plata y él se iría a Buenos Aires. Por cuestión de tiempo no podré hablar de todos los matices de una psicoterapia que se reveló, sumamente rica. Hablaré tan sólo de la función metapsicológica que adquirieron sus proyectos de tatuaje.

Frente a la angustia de separación, los tres amigos decidieron que se harían el mismo tatuaje de símbolos que representaban grupos de *rock* y el logo de otro grupo de *punk-rock*. Nicolás me contó del local donde se practican los tatuajes y de la técnica empleada. Y agregó que probablemente se haga un tercero. Le pregunté si necesitaba el acuerdo de los padres y me respondió que de todas maneras la semana siguiente cumpliría 18 años y que podría tomar la decisión solo. Es decir, me anunció que su cuerpo le pertenece y que tiene la libertad de marcarlo, y aunque no lo formuló de esta manera, está implícito en su discurso que incluso posee hasta el poder de destruirlo. Luego me explicó que se haría primero dos tatuajes, en relación a las bandas de *rock*, dejando un tercero,

con la imagen de una serpiente, para más adelante, pues la madre le exigió que primero aprobara matemáticas, materia que tiene previa desde 4º año. Esta situación se le había ocultado al padre.

En esa misma sesión, Nicolás trajo el siguiente relato de un sueño: mirándose frente al espejo, tenía todo el torso y el pecho tatuados, de la cintura para arriba. Señaló que esa imagen le gustaba, que era un sueño que le aportó tranquilidad. En cambio, otro sueño de la misma noche le resultó inquietante: frente al espejo, se ve con barba y no le gusta. No fueron tanto sus asociaciones imaginarias que retomamos como el movimiento pendular afectivo vivido en ambos sueños, sino la serena tranquilidad del primero en oposición a la pronunciada angustia del segundo.

Es notoria la importancia de la función del espejo en relación a la angustia de castración en los dos sueños. Tener todo el pecho y el torso tatuado "de la cintura para arriba" es el todo lleno de la imagen gráfica que no deja espacios vacíos, que no deja agujeros. En la obliteración de la mirada de lo que pasaría por debajo de la cintura, Nicolás elude la confrontación con la angustia de castración. La tranquilidad del primer sueño está dada justamente por la negación de dicha angustia. En el sueño de la barba, en cambio, aparece con claridad su angustia de crecer, de asimilar los cambios en su cuerpo y en su sexualidad, expresados por la visualización de los caracteres sexuales secundarios que traduce la aparición de la barba.

Respecto a los tatuajes, tanto los del sueño como los que proyectaba hacerse, me dijo: "Me gusta que mi cuerpo cambie". Así, es él quien produce los cambios en su cuerpo, ilusión de dominarlos y no el cuerpo que cambia a pesar suyo. Un tercer sueño de otra sesión completa el ciclo: va a jugar fútbol y estaban por hacerle un tercer tatuaje: una serpiente. Era su profesor de

matemáticas y un amigo del padre quienes lo iban a hacer. En este último sueño aparece un claro sentimiento de angustia en relación a la castración. El profesor de matemáticas, figura persecutoria, aún más en la medida que compartía con su madre la exclusión del padre de la información de su condición de materia previa, se asociaba al padre para dejarle una marca indeleble en el cuerpo. Que la imagen elegida fuera una serpiente no es casual, dado su alto poder evocador de la denegación de la castración, cuya cúspide está representada por la cabeza de la Medusa de la cual emanan múltiples serpientes y cuyo valor fálico fuera destacado por Freud en su artículo sobre la Gorgona⁷. La imagen era un claro exponente de su angustia de castración, cuyo agente en el sueño estaba representado por una figura paterna substituta, su profesor de matemáticas, en complicidad con la madre. Angustia edípica de un compromiso entre el deseo edípico de excluir al padre, dada la connivencia de la misma con el profesor de matemáticas y la presencia persecutoria del padre a través de dicho profesor. El tatuaje elegido le provoca a la vez una herida y le deja simultáneamente una marca imborrable al servicio de la denegación de la pérdida.

De una manera general, podemos decir que la excitación pulsional está en búsqueda de representaciones. Cuando las representaciones psíquicas desfallecen, la inscripción de una representación gráfica en la piel puede cumplir una función substitutiva de una representación. A mitad de camino entre la representación psíquica y el objeto externo, en un entre-dos, no totalmente en el afuera pero tampoco en su interior. Cumple una función simbólica pero no necesariamente metafórica.

“En los sueños no sentimos horror porque nos oprima una esfinge, soñamos una esfinge para explicar el horror que sentimos” dice Borges⁸. El aparato psíquico no admite que el afecto quede flotando. El representante afecto de la pulsión es pirandelliano, como en *Seis personajes en busca de autor*, el afecto busca una representación en donde poder anclarse, de lo contrario es la emergencia desbordante de la angustia. La serpiente del tatuaje absorbe la angustia de castración que no logra ser contenida por una per-laboración psíquica metabolizable de la misma. La imagen del tatuaje pasa a ser la representación del compromiso de la angustia de castración y de su negación.

En nuestro paciente Nicolás, la capacidad representativa del proceso primario que se expresa a través del sueño estaba desbordada por la pulsionalidad homosexual y por la angustia de castración. La potencialidad representativa del sueño estaba excedida en su capacidad de simbolizar los conflictos de la bisexualidad psíquica. El tatuaje como soporte de una proyección psíquica en su propio cuerpo le permite a la vez vivir la representación como en un afuera de sí mismo y a la vez en su propio cuerpo, exterioridad aparente que la vuelve más tolerable. Es un afuera de la psiquis en su Yo-corporal, una interioridad exteriorizada pero no perdida en el sin límite del mundo externo, sino contenida por un envoltorio que funciona de interface entre el mundo interno y el externo. Continencia de su psiquismo buscado también a través del envoltorio sonoro de la música *rock*.

El tatuaje devino un compromiso entre la imposibilidad de contener los conflictos al interior de la vida psíquica,

⁷ Freud, S. *La cabeza de Medusa*, 1940 (1922), A.E., vol. XVIII, p. 270, Buenos Aires, 1997.

⁸ Borges, J. L. *El hacedor*, en *Obras Completas*, Emecé Ed., Buenos Aires, 1974.

propio al pensamiento metaforizable, y la expulsión fuera de sí mismo, en un no reconocimiento de la producción fantasmática como propia. Es una primera tentativa de elaboración de una economía psíquica desfalleciente y de la cual el cuerpo paga su tributo. El tatuaje como pictograma, como expresión del pensamiento originario del cual hablaba Piera Aulagnier (1975)⁹. El tatuaje como figuración de un impensado a mitad de camino de un pensable con el fin que advenga decible. La piel en su condición de envoltorio psíquico, de un Yo-piel (Anzieu, 1985¹⁰), de frontera entre el mundo externo y el mundo interno, contiene en la inscripción del tatuaje la re-presentación de relaciones de objeto fragilizadas y fragilizantes. Permite disminuir la angustia, ya sea de castración, de pérdida del objeto o de fragmentación.

Nicolás encontraba esta búsqueda de contención a su angustia por intermedio del envoltorio sonoro de la música *rock*, reforzado por los tatuajes que representaban los diferentes grupos de *rock*, íconos a la vez de un rito iniciático, de la pertenencia a una identidad grupal y una tentativa de elaboración de su bisexualidad psíquica y de los lazos de contenido homosexual tan frecuentes en dicha época de la vida. A la lucha incesante contra su depresión primaria, siempre en filigrana, se agregaba el duelo de la separación de sus amigos. Frente a los contornos borroneados de la negatividad de la sombra del objeto perdido, Nicolás prefería la nitidez en positivo (como se dice de una fotografía) de la imagen de los tatuajes inscribiéndose en la superficie de su cuerpo. En un entre-dos,

entre el interior perforado que dejaba escapar el objeto interno y un exterior que lo aspiraba al vacío.

La marca indeleble del tatuaje como una certeza de no cambio frente a las transformaciones que se operan en el cuerpo de manera independiente de él mismo, fue el punto de anclaje de una cierta atemporalidad. "Tener como incrustado en el cuerpo un tiempo quieto" (Pelento, 1998)¹¹ que no esté sometido a los avatares del deseo inconsciente del sujeto ni a las incertidumbres del deseo del otro y del mundo externo inasible. Así, el tatuaje puede representar un tiempo entre paréntesis que, como un tiempo inmóvil, brinda la ilusión de un tiempo detenido que permita que el cuerpo no sufra los avatares inexorables del tiempo cronológico.

Si la piel fracasa parcialmente en su condición de espejo que permite reconocer y medir el afuera, de investirlo suficientemente y verse al mismo tiempo invistiendo su propia imagen, ofrece, sin embargo, una superficie de inscripción a la producción inconsciente del sujeto. Al caos de lo irrepresentable de sus propias transformaciones corporales, el tatuaje propone al adolescente una traza aún no representada pero representable y organizadora de sentidos.

¿El adolescente, en el fondo, se hace tatuar para sentirse mirado o para refractar la mirada del otro? La pregunta no es superflua y la respuesta es menos evidente de lo que parece a simple vista. Un rápido pasaje por la mitología me permitirá precisar, espero, lo que quiero decir.

Perseo¹², con el fin de evitar los avances del tirano Polydectos sobre su

⁹ Castoriadis-Aulagnier, P. *La violence de l'Interpretation, du pictogramme à l'énoncé*. P.U.F., Paris, 1975.

¹⁰ Anzieu, D. (1985) *Le Moi-Peau*, Paris, Dunod.

¹¹ Pelento, M. L. "Los tatuajes como marcas", en *Rev. de Psicoanálisis*, LVI, 2, Buenos Aires, 1998.

¹² Grimal, P. *Dictionnaire de la Mythologie grecque et romaine*. P.U.F., Paris, 1976.

madre Dánae, se compromete a aportar a aquel la cabeza de Medusa. La Medusa -me permito recordar- es una de las tres Gorgonas. Su cabeza está rodeada de serpientes, tenía manos de bronce y alas de oro que le permitían volar. Su lengua salía violentamente hacia fuera, por encima de un mentón barbudo. Era objeto de espanto por su mirada penetrante y resplandeciente que convertía en piedra a todo aquel que la mirara. Perseo logra decapitarla gracias a su astucia, a su coraje y también gracias a la ayuda de Hermes y de Atena, que le brindan sandalias aladas, una espada y un escudo. Para evitar mirarla, Perseo se sirve de su escudo de bronce pulido, que, como un espejo, refleja la mirada de la Medusa. Con esta argucia, la Medusa queda petrificada con el reflejo de su propia mirada. Evitando la mirada paralizante de la Medusa, Perseo logra decapitarla.

Para Francis Pasche (1971)¹³, el aparato psíquico debería poder beneficiar de una forma de escudo como el de Perseo. Este escudo psíquico tendría dos funciones principales: a) envoltorio protector que permite resistir a las fuerzas exteriores, y en particular ponerle un límite al aspecto temido de la madre fálica (Medusa); por lo tanto, autonomizarse; b) espejo que permite reconocer y evaluar el exterior, pero también investirlo suficientemente, lo cual ahorra el paroxismo de la angustia que desencadena el afrontamiento mutuo de las pulsiones de vida y de muerte en presencia del vacío objetal.

Freud, en su artículo sobre la cabeza de Medusa, destaca que el horror que produce la Medusa convierte en equivalente decapitar con castrar. El terror a la medusa es entonces un terror a la castra-

ción relacionado con la vista de algo. Y ese algo Freud lo atribuye al efecto en el niño de la constatación a través de la mirada de la diferencia de sexos. Es notable cómo las serpientes en la cabeza de Medusa, señala Freud, a pesar de ser horribles en sí mismas, mitigan el horror, pues la multiplicidad de símbolos fálicos atenúa el temor a la castración.

Volviendo a Nicolás, me pareció que el tatuaje de la serpiente, representante metonímico del falo, significa lo mismo que sostenía Freud en dicho artículo: "no te temo, te desafío, tengo el falo". O sea que el tatuaje, hecho para ser visto, adquiere un valor fetichista de negación de la castración, como un velo que le permitiría a la vez mostrar y ocultar, como si quisiera decir: "Cuando miran mi tatuaje, no ven el resto de mi cuerpo".

Encontramos en el tatuaje de Nicolás el aspecto de escudo psíquico protector del cual hablaba F. Pasche: *atraer la mirada de los otros sobre el tatuaje para desviarla del resto de su cuerpo, he aquí una de las funciones del tatuaje en el adolescente*. Como si la diferencia de sexos fuera demasiado angustiante para ser vista de frente, teniendo que pasar por una mirada oblicua, respondiendo tanto a la prohibición de mirar hacia atrás (Orfeo) como a la prohibición de mirar de frente (Medusa). Es decir, el cuerpo revela lo que la psiquis pretende borrar y denegar, la bisexualidad psíquica, y particularmente la feminidad incluida en toda virilidad.

Platón no concebía la distinción entre belleza y horror. El tatuaje fascina y horripila. El atractivo de lo representado hace olvidar lo que substituye. A través del tatuaje de la serpiente, Nicolás intentaba vencer el terror de la castración a través de la imagen del terror. Ya no era más él que se angustiaba: como un dardo, la angustia era proyectada en aquel que mirara detenidamente su tatuaje, a condición de que

¹³ Pasche, F. *Le bouclier de Persée ou psychose et réalité*, RFP, Tome XXXV, 5-6, PUF, Paris, 1971.

no mirara el resto de su cuerpo. Como el escudo de Perseo, su tatuaje reflejaba la mirada de un otro que pudiera recordarle la diferencia de sexos, defendiéndose de su temor de quedar petrificado por su propia angustia de castración proyectada. *El tatuaje adquiere, así, un valor defensivo de un sistema de represión vacilante.* Para Nicolás funcionaba como una tentativa de elaboración a mitad de camino entre la representación simbólica de la falta y la denegación de la castración, habiendo adquirido, a pesar de que pudiera ser provisorio, un valor fetichístico que busca desviar la mirada del otro, pero simultáneamente su propia mirada. Su valor metapsicológico correspondería a lo que Anzieu propone como significativo formal (no lingüístico)¹⁴, próximo a la noción de pictograma de Piera Aulagnier. Los significantes formales -sostiene Anzieu- vendrían en lugar del vacío, pero no son pasibles de represión. El significativo formal es una tentativa de bordear el vacío psíquico, que encuentra en el cuerpo un substrato para sobrellevar el conflicto psíquico aún no metaforizado.

Son los representantes de contenidos psíquicos que expresan la lucha por la sobrevivencia psíquica. Para Nicolás, el tatuaje, junto con su valor representacional, era una tentativa de bordear el vacío representacional al cual temía ser aspirado y de proteger su Yo corporal de caer en el mismo, reforzando un sistema de represión vacilante.

Para finalizar, diré que la adolescencia tiene una potencialidad traumatogénica en el sentido freudiano del término, es decir, el riesgo que tiene el sujeto de ver su capacidad de elaboración y de reorganización libidinal desbordada por la tarea que la adolescencia requiere. En ese sentido, el proceso de la adolescencia implica una exigencia de trabajo psíquico con el fin de contener, dar sentido y organizar las transformaciones que afectan a la misma y que se producen a pesar suyo; donde el adolescente es pasivizado frente a un cambio que padece y no domina, generado por la reedición de su complejo de Edipo, pero también por el proceso de separación-individuación y la confrontación al espacio sin límite de lo extra-familiar. Es la puesta en escena, pero también la tentativa de puesta en sentido de un afecto indecible. *A veces las representaciones intra-psíquicas escasean para pre-figurar ese cambio, y el tatuaje es una tentativa de ofrecer en la superficie de su cuerpo el anclaje a una representación de un afecto errante que lo desgarrar en tanto que aún no decible.*

¹⁴ Anzieu, D. "Les signifiants formels et le Moi-Peau" en *Les enveloppes Psychiques*, Dunod, Paris, 1987.